

El Año Gerontológico. Una década de transferencia y difusión de conocimientos transdisciplinarios de la vejez

Constatado el crecimiento continuo de la población de personas mayores en España, así como a nivel europeo y mundial, de la misma manera que se demuestra la insuficiencia de las políticas sanitarias y sociales en la intervención para conseguir mejorar la participación y la integración social y la autonomía de las personas sénior, el Año Gerontológico nace en el entorno de la gerontología murciana para impulsar la formación y la adquisición de conocimientos y actitudes en el ámbito de la comunidad, enfocándolo hacia las temáticas que interesan a las personas mayores.

El problema de partida queda caracterizado en un doble sentido: en primer lugar, la situación de potencial marginalidad con la que se pueden encontrar las personas mayores una vez alcanzado el momento de su jubilación laboral, para lo que muchas veces no están suficientemente preparadas, y que las coloca en un grave riesgo de pérdida de sus referentes personales, sociales y culturales; en segundo lugar, aunque la educación,

en sus vertientes formal y social, se presenta como un saber auxiliar que puede ayudar a promover en los mayores un estado de reflexión, crítica, autonomía y capacidad de acción con respecto a sí mismos y a su entorno, se percibe la falta de profesionales adecuadamente cualificados para el abordaje de las problemáticas más acuciantes de las personas mayores.

Es por ello que la iniciativa de creación del Año Gerontológico obedeció al intento de responder a ambas necesidades, como una actividad de difusión y acercamiento cultural, divulgativo y científico a los conocimientos que interpelan el mundo de las personas mayores. Desde esta perspectiva, el Año Gerontológico planteó desde sus inicios unos objetivos que podrían traducirse en los siguientes puntos:

1. Dar a conocer a la comunidad los proyectos más innovadores respecto a la población de personas mayores.
2. Paliar las necesidades de divulgación de la ciencia gerontológica y del

envejecimiento en una sociedad que envejece a un ritmo acelerado.

3. Habilitar conocimientos a los problemas específicos de las personas mayores desde una perspectiva integral, inclusiva, divulgativa, pero a la vez científica y con rigor.
4. Propiciar el encuentro comunitario, construyendo comunidades de aprendizaje con la presencia de las personas mayores, junto con las generaciones que también van envejeciendo, en un mismo espacio educativo.

De qué hablamos cuando hablamos de mayores

Las personas mayores representan una realidad cotidiana y familiar. Todos conocemos personas mayores, unas con vigor físico y agilidad mental envidiables, otras con algún problema físico y/o fisiológico, otras, incluso, con una mente deteriorada y fuera del contacto con la realidad. Además de estas diferencias individuales están las diferencias producidas por la cultura y el entorno en el que viven las personas mayores: no es lo mismo, por ejemplo, una persona mayor de la ciudad, que ha trabajado como profesor o como fiscal, que una persona que toda su vida ha vivido en el campo. Todo ello nos lleva a concluir que es muy difícil definir a una persona mayor, porque dependerá de las características individuales y sociales, en cada caso, porque, al igual que en otras etapas

de la vida, la diversidad está también presente entre las personas mayores. Así, con el riesgo de la generalización, que ya hemos comentado que no existe, creemos que para conocer a las personas mayores hemos de tener, al menos: datos significativos sobre las personas mayores; conocer las necesidades de este colectivo; identificar las situaciones de marginación que puedan sufrir; reflexionar sobre las posibles soluciones a sus problemas; valorar el papel que tiene la persona mayor en la familia actual, y viceversa; profundizar en los estereotipos y prejuicios sociales sobre los mayores; recuperar la cultura oral de nuestros señores; reflexionar sobre la visión que dan los medios de comunicación sobre las personas mayores; valorar las posibilidades de autorrealización y organización de nuestros mayores; aprender a ponerse en el lugar de las personas mayores para comprenderlas mejor; aprovechar comunitariamente el caudal de las personas mayores en todos los sentidos, pero sobre todo, su experiencia laboral anterior; finalmente, propiciar la participación social de las personas mayores.

Desde esta perspectiva se afirma que la vejez debe ser considerada como una etapa más de la evolución y el desarrollo humano, etapa que debería vivirse en plenitud, pues en ella se acumulan todos los conocimientos y experiencias adquiridos a través del trabajo y las relaciones sociales. En cualquier caso, es verdad que hay tres claras consecuencias,

al menos, con el paso de los años: declive de la autonomía funcional (la persona mayor suele ir perdiendo capacidad para valerse por sí misma); declive en la autonomía cognitiva (debilitación de la memoria de trabajo); y declive de la autonomía social (pérdida de amigos, compañeros, dificultad para adquirir nuevos modos de socialización).

Ahora bien, estas características no solo están presentes en las personas mayores, sino que son inherentes al desarrollo humano. Entonces, ¿qué sucede? Lo que ocurre es que la sociedad tiene una visión no muy positiva de las personas mayores debido, entre otras cosas, al alargamiento de la esperanza de vida (80.86 para hombres y 86.22 para mujeres, según datos del INE, 2020), que junto con la reducción de la natalidad conduce al envejecimiento de la población y la necesidad de gastar mucho en servicios sociales, salud y pensiones. Existe el convencimiento de que todo ha de ser útil y rentable, por lo que las personas mayores pueden quedar al margen del desarrollo productivo de un país. Ha habido cambios en los modelos familiares, pasando de un modelo patriarcal, donde los mayores tenían un papel cohesionador, a núcleos familiares más pequeños donde el espacio del mayor queda reducido a la mínima expresión. Se dan jubilaciones cada vez más tempranas, con lo que personas laboralmente activas, y con gran potencial, quedan pronto alejadas de los modos productivos, y, además, se crean colectivos con baja autoestima que no han sido

preparados para una jubilación temprana. Encontramos una sociedad donde el ocio y el tiempo libre, cada vez más, no suelen ser aprovechados en el crecimiento personal, sino que son utilizados por las empresas de consumo para lanzar sus productos. Existe una gran cantidad de personas mayores de 65 años analfabetas, funcionales o absolutas, porque han sido la generación de la Guerra Civil, la del acceso restringido al mundo de la educación y la de la emigración. Parece que solo cupiesen las actitudes paternalistas para este grupo.

Naturalmente, las personas mayores tienen necesidades de subsistencia, información, educación, accesibilidad, convivencia, cooperación, participación, servicios, etc., pero no tanto por viejos sino por ser personas, porque todos tenemos necesidades parecidas. Lo que no debemos hacer es alentar que las necesidades de las personas mayores se conviertan en estereotipos sociales que den lugar a los prejuicios y la marginación, como, por ejemplo, el infantilismo (considerar a las personas mayores y tratarlas como si fuesen niños), el sentimentalismo (acercarse a los mayores con una ternura facilona que puede llegar a vulnerar la dignidad de la persona), dependencia (a menudo damos un tipo de ayuda con la que los mayores se sienten cada día más dependientes de los demás), etiquetas y clasificaciones (cada persona mayor es única, como cada persona joven lo es. Dejemos de homogeneizar y generalizar), proteccionismo (les

ocultamos datos, diagnósticos médicos, problemas familiares, en definitiva, cada vez los aislamos más del mundo en el que viven), descanso sin límites (parece que como mejor está el mayor es tranquilo sin moverse todo el día del sillón de la casa, frente al televisor), incapacidad de amar y ejercer la sexualidad (al que gustó amar de joven se le llamó Don Juan, a esa misma persona, de mayor, cuando quiere seguir amando, se le llama viejo verde).

La familia. El “otro” cuidado

El afrontamiento del cuidado de las personas mayores entronca indefectiblemente con la atención de su núcleo familiar. Esto obedece a dos razones: la primera, se trata de una razón casi natural en nuestro medio, y no es otra que el legado de la cultura en la que vivimos, donde el acompañamiento y el hacerse cargo de las personas mayores ha recaído habitualmente en el entorno de la familia, siempre que ha sido posible. Más concretamente en la figura de una hija, más o menos auxiliada por el resto de hermanos y hermanas en el caso que los hubiera, que asumía con tesón, pero en la mayoría de las ocasiones sin formación y con desconocimiento, el gran reto de la dependencia de sus progenitores; la segunda razón, que es más próxima en los tiempos, obedece a un mandato legal y de responsabilidad, a la asunción por decreto legal del cuidado de las personas

mayores dependientes, y que de manera concomitante se ha visto remarcada por el establecimiento de la perspectiva del derecho de los mayores a decidir por sus vidas.

No obstante, esta situación se ha visto interpelada por el escenario de crisis que ha sufrido el sistema de cuidados informales. En primer lugar, como ya se ha podido comprobar, obedece a cuestiones demográficas. En segundo lugar, habría que destacar la perspectiva de género y el hecho de que la mujer, fruto de su apertura al ámbito exterior, laboral y a su ruptura con los lazos patriarcales, ya no es de manera unívoca, aunque sí preponderante, la diana del curatoriado sanitario. En tercer lugar, la propia denominación de persona dependiente, según las nuevas denominaciones, abandonaría la etapa de los 65 años para establecerse a partir de los 80 años (Ramírez, Revilla, Fuentes y Gómez, 2021). Cifra que refleja de una manera más fidedigna, aunque continua, operando en términos de homogeneización, la realidad del envejecimiento actual en nuestro país. En cuarto lugar, la necesidad de provisión de ayuda al sistema familiar, frente al cuidado de larga duración, que produce desestabilización del sistema familiar, personal y laboral de la responsable del cuidado. Y, por último, la transformación de los modelos familiares, y también de las propias necesidades de las venideras generaciones envejecientes, que hace necesario una intermediación intergeneracional (Espiniella, 2021).

Es por todo ello que la familia se configura en un sistema de auxilio y cuidado vital para la persona mayor. El papel de las familias es central. El modelo de cuidado de las personas mayores por tanto está en transformación, ampliando las miradas hacia las familias como garantes de la salud de las personas mayores. El entorno de la familia puede proveer bienestar emocional, apoyo y cuidado, no obstante, existe cierta desprotección del núcleo familiar hacia los cuidados, que las instituciones sanitarias no están teniendo en cuenta en su totalidad.

Hacia un nuevo proyecto de transdisciplinariedad en gerontología

Una de las grandes temáticas sobre las que se ha ido centrando el discurso en gerontología durante las últimas décadas ha sido el de la transdisciplinariedad, término que nace ligado a la conceptualización del conocimiento que desde las distintas disciplinas se vinculan entre sí, en este caso, hacia la comprensión de las personas mayores, pero que va más allá de ellas.

Acerca de esta cuestión, considerada como una de las innovaciones a las que se hace frente a la hora de poner en funcionamiento las distintas formaciones en gerontología, se ha producido también un desapego entre las teorías que lo circundan y lo que supone su inclusión de manera transversal en la práctica clínica, coyuntura que en este caso ha tenido

una especial repercusión si tenemos en cuenta la gravedad de la pandemia, debido a que, en buena parte, provocó no solo la supresión de sus consecuencias innovadoras, sino —y lo que es peor— el rechazo en sus planteamientos de abordaje sanitario.

Los contenidos transdisciplinares no pueden ser considerados de forma clásica como “asignaturas” que hay que implementar en las carreras de las ciencias socio-sanitarias y en las humanidades, y por ello no pueden considerarse como “disciplinas” que acontezcan para engrosar los marcos curriculares. Más bien al contrario, como indica su denominación, se trataría de contenidos educativos que representan un ideario dimensional, que no incorporan las llamadas asignaturas en los diferentes grados, y que por ello no se plantean de manera paralela, sino transversalmente a todas ellas; no en vano se presentan de manera presencial en todas ellas de manera más o menos directa. Se podría decir, en el sentido de González Lucini (2001), que son contenidos que transforman el sentido más clásico y tradicional de las disciplinas y ayudan a redimensionar a través de su significación su estrecha ligazón con la realidad clínica.

Estos contenidos transdisciplinares obedecen en muchas ocasiones al déficit de formación que los profesionales han sufrido en torno a aspectos importantes e innovaciones que afectan al ámbito de la atención de las personas mayores. De la misma manera, se justificarían dada la poca precisión y apertura con la que se han

presentado en ocasiones los aspectos transversales. Asimismo, responde a la fuerte tendencia a la recreación y repetición de las prácticas profesionales en este ámbito.

Es por ello que se considera esencial continuar pensando de forma conjunta sobre lo que aportan los contenidos transdisciplinares, porque la realidad acontecida no lo manifiesta de forma patente. Sería interesante una aproximación que nos facilitase continuar progresando en el terreno en lo que se considera como adecuado para la salud de las personas mayores, y también que sea corresponsable con la actual situación demográfica que vive la humanidad en estos comienzos de la segunda década del nuevo siglo.

En estos últimos años, y a través del contacto con distintos profesionales de diferentes ámbitos geográficos, ha sido enriquecedor observar cómo más allá de generar controversia se ha ido configurando un acervo de conocimientos que responden a las verdaderas necesidades de la población sénior, y que genera un concepto tangencialmente diferente, una transformación de la acción sociosanitaria con las personas mayores. Es por ello que si bien estos contenidos transdisciplinares podrían ser incorporados a través del currículo formal de las diferentes disciplinas que incluye la gerontología, en sus objetivos y contenidos de sus currículos, también pueden ser propuestos y expresarse en otros ámbitos, como, por ejemplo, el clima de las instituciones residenciales y en las relaciones humanas en el sector de las instituciones de mayores, las actividades

de recreación, actividades periódicas de difusión cultural, en el interior del sistema escolar adolescente y juvenil, así como a través de los distintos profesionales sanitarios, direcciones gerenciales, administradores, profesorado y alumnado.

Los contenidos transdisciplinares, así percibidos, podrían responder a la necesidad de conocimientos relevantes referidos a demandas tanto físicas como psicosociales y comunitarias relacionadas entre sí, de una manera general. También a valores y actitudes que se precisan para el desarrollo profesional y a los obstáculos para conseguirlos: las cuestiones de la ética y la dignidad humana. En definitiva, a aspectos generales, globalizadores, pero relevantes para la adecuada atención a las personas mayores.

Difusión y transferencia de conocimientos en el Año Gerontológico

Las diversas sesiones del Año Gerontológico que se han desarrollado a lo largo de esta década tuvieron siempre el elemento común del ánimo de difundir y transferir a la comunidad los conocimientos y la evidencia científica que existen en la actualidad acerca de las personas mayores y la vejez. El Corte Inglés de Murcia y las aulas de la Fundación Cajamurcia nos han brindado el escenario para el encuentro de mayores y jóvenes con los profesionales que han ido abordando las diferentes temáticas.

Las bases biológicas del envejecimiento han sido un tema reiterado en estos cursos. En las conferencias del profesor Pascual Parrilla, del internista del Hospital Reina Sofía, el Dr. Antonio Martínez Blázquez, y del profesor de Geriátrica, el Dr. Juan D. Avilés, se actualizaron los distintos mecanismos que influyen y modulan el proceso de envejecimiento dirigidos a responder a la pregunta de por qué envejecemos. Preparar los segundos cincuenta años. De la misma manera, se desarrolló la ponencia acerca de la biografía del envejecimiento a cargo del Prof. Dr. Juan Antonio Salmerón Aroca, profesor de la Universidad de Murcia. El Prof. Dr. Carmelo Gómez Martínez, especialista en enfermería geriátrica y director de la Cátedra de Humanización de la Salud de la UCAM, abordó "La vejez con otra mirada", donde se presentó el libro que recopila el trabajo del fotógrafo Antonio Molina y donde destacados representantes de los medios de comunicación y de la cultura en España ofrecen un acercamiento a las vejeces. La periodista Raquel Suárez Moreno, responsable durante 25 años de la página de mayores del periódico de *La Verdad de Murcia*, disertó acerca de los mayores en los medios de comunicación y las recomendaciones que los colegios de periodistas hacen para tratar de forma adecuada a los mayores en prensa escrita, radio y televisión.

El profesor Rafael Alarcón Velandia, de Colombia, llevó a cabo la sesión sobre

literatura erótica y envejecimiento, acerca de los diálogos literarios para el envejecimiento activo. Cuentos y ensayos para la existencia, transformación de las funciones intelectuales a través de la literatura. La risa y el sexo como búsquedas de estrategias para el cortejo y la relación que aumentan, según sus palabras, "la conexión de 5 a 30 000 en forma de neurogénesis".

Durante la sesión se ofrecieron recursos para la estimulación cognitiva a través de la literatura erótica.

- Atención. Henry Miller. *Trópico de Cáncer*.
- Memoria. Jorge Amado. *Gabriela, clavo y canela*.
- Lenguaje. Pablo Neruda. *20 canciones de amor y una canción desesperada*.
- Capacidad visoespacial. Ovidio. *Poemas eróticos*.
- Funciones ejecutivas. Marqués de Sade. *Justine*.

Además de otros títulos de ámbito cultural relacionados con la temática:

- Ricardo Iacub. *Erótica y vejez*.
- Boccaccio. *El Decamerón*.

La profesora de Literatura Fina Tafalla nos presentó sus reflexiones sobre "La vejez en la obra de Galdós, *El abuelo*", y nos demostró cómo los escritores, anticipándose a veces a la ciencia, nos descubren el transcurso del tiempo y

también la vejez, casi siempre con personajes secundarios, pero no por ello menos importantes.

El profesor Roberto Roche de Barcelona y la profesora Gracia Lombardi de la Universidad de Roma nos dieron las claves del buen trato a los mayores con una aproximación al concepto de "prosocialidad", ayudar a los demás sin esperar nada a cambio.

De la misma manera, se celebró la presentación del libro *Identidad flexible* como factor protector en el curso de la vida. La profesora Zarebski presentó un nuevo enfoque teórico en el campo de estudio del curso de la vida y el envejecimiento al incorporar la subjetividad en juego en un proceso vital, las últimas etapas de la vida en las cuales solo se visualizan comúnmente los factores biológicos y socioculturales que la atraviesan. La teoría de la identidad flexible desde una visión compleja del envejecimiento se propone servir de guía para las prácticas a quienes se interesan, desde lo personal y desde sus intervenciones cotidianas, en promover una mejor calidad de vida hasta su final.

Asimismo, se realizó la presentación del libro *Arte y longevidad*. La fortaleza de este texto, que fue presentado por parte de su propia autora, Carmen de Grado, se apoya en dos grandes núcleos de interés: el arte y la longevidad. Se trata de un recorrido por la imagen del anciano en la pintura. Prologado por la Dra. Graciela Zarebski, el texto examina una perspectiva compleja del envejecimiento, que trata de aportar

luz al fenómeno de la longevidad, utilizando para ello las pinturas, sus autores y el contexto que los envuelve.

La profesora Geni Araujo, de la Universidad Federal de Uberlandia, Minas Gerais, Brasil, presentó un precioso libro de fotografía y poemas, *Velhice, Imagem, Memoria. Representação Poética da Existência*, que junto a sus colaboradores, periodistas y representantes de la cultura brasileña recogía su experiencia de los últimos 30 años en gerontología, los programas de actividad física y su particular visión del envejecimiento y la vejez impartidos en sus iniciativas, cursos y conferencias.

El doctor Juan Madrid, endocrinólogo y comunicador, nos hizo una propuesta de alimentación saludable para el buen envejecer con estrategias preventivas y recursos prácticos para conseguir ralentizar el proceso biológico de envejecimiento.

Como corolario, desde el Año Gerontológico se quiere transmitir la necesidad de rearmarnos ideológicamente acerca del significado de las relaciones con las personas mayores en nuestra sociedad del siglo XXI, quizás invitando a reflexionar y debatir acerca de su inclusión en la perspectiva del ciclo vital. Del *transfer* de lo intergeneracional, como seres interdependientes, en el sentido de que todas las edades son vulnerables. La vulnerabilidad es inherente al ser humano, y se presenta durante todas las etapas, en todas las personas a lo largo de la vida. Parece claro, pues,

que se presentan pérdidas y ganancias a lo largo del ciclo vital, pero como seres sociales, existe la necesidad de interrelación e interdependencia en todos los grupos etarios, los unos a los otros, y viceversa. Se propugna entonces la eliminación de esos vocablos en nuestras referencias a las personas mayores puesto que no hay ni “unos” ni “otros”, sino más bien un “todos”. De esta manera, se postula eliminar el individualismo respecto a lo comunitario, pues sabemos que ello llevaría a que se conformen individuos más solitarios y más vulnerables todavía si cabe.

Por otra parte, cabe destacar lo que en ocasiones se obvia acerca de la aportación de los mayores en la sociedad. El talento sénior parece claro y está fuera de discusión que las personas mayores pueden aportar mucho, y así lo hacen. El cuidado de los nietos, el asociacionismo cívico, el asociacionismo político, las figuras de los cuidadores de las personas mayores. Uno de los problemas es que las actividades de cuidado siempre han sido vistas como algo secundario al producirse en lo privado, en lo particular, al ser dentro del domicilio y ser ejecutado mayoritariamente por mujeres. Ciertamente, continúa costando reconocer estos datos. Lo que no se monetiza, lo que no tiene precio tampoco está valorado. Existe pues un problema de reconocimiento de la aportación de las personas mayores a la sociedad. Es necesario cambiar la mirada. Para poder visibilizar esta contribución se precisa y

se aboga por la necesidad de hacer un cambio en el reconocimiento social de sus aportaciones, probablemente, todo lo que aportan tendría que bonificarse a través de ciertos mecanismos sociales y económicos, por ejemplo, en los beneficios fiscales. En este sentido, la filósofa española Adela Cortina hace un llamamiento y recuerda no confundir valor con precio. Hay cosas que tienen mucho valor y que apenas salen en los medios de comunicación. Sabemos por la inestimable conferencia de la doctora Stephany Bravo-Segal que la mayor parte de las noticias que aparecen en prensa sobre mayores tienen que ver con las pensiones, con la saturación de los sistemas sanitarios y con el gasto en servicios sociales. Existe un “edadismo” por defecto. De la misma manera hay que ser consciente de que también existen imágenes desvirtuadas de la realidad de los mayores, que en favor de su integración ofrecen imágenes alejadas del día a día, por lo que también se puede contemplar un “edadismo” por exceso. El propio colectivo de las personas mayores tampoco lo asume como propio. Se trata de imágenes más propias de la adultez que del colectivo sénior. Es necesaria una imagen mucho más centrada y realista. Es el final de la vida. Si todo va bien, hay muchas cosas buenas, y evidentemente pueden ocurrir otras no tan buenas. Hay que aceptar la finitud de la vida, tal y como explicaba el psiquiatra murciano Pérez Crespo en su disertación sobre el *mindfulness*, pero el

caso es que siguen existiendo dificultades para aceptarlo. Se acepta mal la vulnerabilidad, la muerte, la posible enfermedad. Sin embargo, no se ha de olvidar que, hasta ahora, en la historia de la humanidad nunca se ha podido tener la democratización de la longevidad que se observa ahora, y nunca se ha gozado tanto tiempo con los hijos, o de los padres. Parece pues que ante un ciclo vital, que es más diverso y heterogéneo, se es más incapaz de manera contraintuitiva de asumir esa diversidad, pese a que se cuenta con más recursos cognitivos. Perdemos oportunidades como sociedad y como individuos.

En la etapa pospandemia hemos presentado el libro de relatos cortos gerontológicos *Pajarolas*, del profesor Salmerón, que plasma de forma sutil y precisa su pensamiento destilado en relación con los mayores.

Lo que se propugna desde el Año Gerontológico es la necesidad de un cambio, eso sí, no de manera frívola, sino realista. Quizás en ello influya, o incluso lleve apareado, el cambio de percepción de la sociedad de consumo, imbuida en la cultura de lo urgente, lo rápido y lo inmediato, sin demoras, en el que el "todo y siempre" son señas de su identidad. Es posible que haya que invitar a modificar esa idea de bienestar que se presiente en la cultura de consumo en la que se ha instalado la ciudadanía en estos tiempos. No tanto en el pensamiento de que la vejez es el momento de recoger los beneficios de lo

que hemos hecho a lo largo de la vida, sino más bien en una vejez centrada, por supuesto en disfrutar el bienestar hedónico, pero también, qué duda cabe, el bienestar eudaimónico, que desde el punto de vista de la psicología tiene mucho más que ver con el crecimiento personal y el potencial de las personas que con la mera obtención del placer inmediato.

También se han dejado translucir en las diferentes intervenciones que se han desarrollado dentro del Año Gerontológico el tema de los cuidados, los políticos y las políticas públicas, que deberán adaptarse a los cuidados y a las personas que envejecen. Así visto, los *baby boomers* necesitarán otros tipos de centros, de instituciones, más amigables con sus necesidades y acordes con los principios del humanismo. Hay necesidad de cuidados, de servicios tecnológicos, pero también hay una mirada que instrumentaliza la vejez. La vejez como una época que necesita servicios, en la que todo se les ofrece con el ánimo de compra, y que a veces no reconoce la diversidad y heterogeneidad de sus componentes.

Se debe pensar en los envejecimientos, en las vejez y en la necesidad de cuidar los derechos de las personas, el derecho y la protección de las personas más vulnerables. El problema es que el mensaje todavía no llega a la ciudadanía. De ahí la necesidad de continuar formando, informando y sensibilizando a través de la educación y del cambio de perspectiva.

La vulnerabilidad, por ejemplo, en la brecha digital se hace patente, y es necesario crear una sociedad más compasiva. Es una cuestión de valores, de reconocimiento, de que los servicios sociales y sanitarios sean innovadores y tractores

de la sociedad. El reto es el de los problemas complejos. Pensar en global como nos proponía el diplomático José Luis Pardos, pensar entre todos en comunidad, porque la solidaridad intergeneracional es interdependiente.

Bibliografía

- González Lucini, F. (2001). *La educación como tarea humanizadora*. Madrid: Anaya.
- INE (2020). Indicadores de estructura de la población. <https://www.ine.es/dynt3/inebase/index.htm?padre=2077&capsel=2077>
- Ramírez, J. M., Revilla, A., Fuentes, M. y Gómez, E. (2021). Dictamen del Observatorio de Dependencia. Asociación de Directoras y Gerentes Sociales. Recuperado de <https://directoressociales.com/wp-content/uploads/2021/03/XXI-DICTAMEN-DEL-OBSERVATORIO-DE-LA-DEPENDENCIA.pdf>
- Espiniella, B. (2021). *La mediación intergeneracional con personas mayores*. Madrid: UNAF.

**Juan Antonio Salmerón Aroca y
Juan D. Avilés Hernández**